

CAPÍTULO

Once

El Deuteronomio en los escritos posteriores

Moisés se distingue en las Escrituras como el siervo del Señor (Deuteronomio 34:5; Josué 1:1, 2, 7, 15; Nehemías 9:14). Dios lo llama "mi siervo" (Josué 1:2), lo que significa que Moisés estaba siempre dispuesto a cumplir la voluntad de Dios. Estaba al servicio de su Rey, Maestro y Señor.

Moisés como modelo de profeta

También se describe a Moisés como el amigo de Dios con el que el Señor se comunicaba cara a cara (Éxodo 33:11; Deuteronomio 34:10). Comunicaba la voluntad de Dios a Israel (Hechos 7:38) e intercedía por los pecadores (Éxodo 32:30, 31). Por lo tanto, era un profeta modelo (Deuteronomio 18:15, 18; 34:10), un símbolo de la autoridad religiosa en Israel y un estándar para todos los demás profetas. Cualquiera que tuviera un mensaje de Dios se medía con Moisés y sus instrucciones. Para ser aceptadas, las enseñanzas de otros profetas debían estar en armonía con las palabras de Dios reveladas y registradas por Moisés.

Moisés, que asesinó a un guardia egipcio y fue despreciado por su propio pueblo al principio (Éxodo 2:11, 12, 14), eligió quedarse y sufrir con el pueblo de Dios (Hebreos 11:25, 27), llegando a convertirse en un gran líder.

Poco después del Éxodo, en lugar de hablar con la roca en Cades, golpeó la roca dos veces (Números 20:11, 12; Deuteronomio 32:51). Esta acción privó a Dios de su gloria, y a Moisés no se le permitió entrar en la Tierra Prometida. Pero después de su muerte, la Palabra de Dios caracteriza a Moisés como una persona muy cercana a Dios, muy estimada, y un prototipo para que otros emulen: "Desde entonces, no se ha levantado

en Israel ningún profeta como Moisés, a quien Yahveh conoció cara a cara" (Deuteronomio 34: 10).

El papel crucial de la Torá

Los escritos de Moisés tuvieron un profundo impacto y una influencia duradera en los textos sagrados posteriores. El Pentateuco se consideraba la máxima autoridad, y todo lo demás se evaluaba en función de las enseñanzas de Moisés. La Torá era la Carta Magna de la enseñanza y la ética y de la fe y la práctica (Salmo 1; Proverbios 3); por eso fue alabada por los salmistas (Salmos 19; 119) y ensalzada por el profeta Isaías (Isaías 1:10; 5:24; 8:19, 20; 30:9; 51:7).

La Torá es una antología de las instrucciones de Dios y sus enseñanzas. La palabra hebrea *torah se deriva* de la raíz *yarah*, que significa señalar con un dedo el camino correcto o la dirección en la que se debe caminar. (Es significativo que el término hebreo para *pecado sea khatah*, que significa desviarse del camino, alejarse de las indicaciones de Dios o errar el blanco. La palabra griega *hamartia* tiene el mismo significado para pecado). Otra palabra estrechamente relacionada con *torah* es el verbo hebreo *horah*, "enseñar", "instruir". Cuando alguien sigue la Palabra de Dios, sus consejos y sus enseñanzas, esa persona camina en obediencia porque camina por el camino recomendado por Dios. Esta filosofía de vida fue presentada por Moisés, y más tarde, fue adoptada por otros autores bíblicos, que animaron a la gente a obedecer y a caminar en el camino de Dios.

Números 12:6-8 explica claramente la autoridad de un profeta en comparación con el ministerio de Moisés. Dios mismo declaró,

"Cuando hay un profeta entre vosotros,
Yo, el Señor, me revelo a ellos en visiones,
Les hablo en sueños.
Pero esto no es cierto para mi siervo Moisés;
es fiel en toda mi casa.
Con él hablo cara a cara,
con claridad y no con enigmas;
ve la forma del Señor.
¿Por qué entonces no tuviste miedo
para hablar contra mi siervo Moisés". (NVI).

Moisés fue un profeta por excelencia y se convirtió en una norma para todos los profetas posteriores. "Todas las declaraciones proféticas debían ser probadas por la revelación de Dios a Moisés". ¹Fue elevado a este nivel como profeta porque (1) Dios se comunicó con él muy estrechamente, como con un amigo, para revelar Su Torá (Éxodo

33:11; Deuteronomio 34:10); (2) fue el siervo fiel de Dios y es llamado "el siervo de Yahveh" (Deuteronomio 34:5; Josué 1:1, 2, RVR; compárese Éxodo 14:31; Números 12:7, 8; Hebreos 3:2, 5); (3) realizó obras poderosas, "señales y prodigios milagrosos" por el poder de Dios (Deuteronomio 34:11, 12); (4) fue mediador de la alianza en el Sinaí (Éxodo 19:3-8; 20:18-20; 24:3-8); (5) organizó la iglesia del Antiguo Testamento de forma más completa: después del Éxodo, Israel se convirtió en una nación; (6) tenía varias funciones importantes asignadas por Dios: liderazgo, hablar y escribir; y (7) siguió siendo humilde a pesar de su elevada posición. Aunque su talento superior superaba al de los demás, "Moisés era un hombre muy humilde, más humilde que cualquier otro sobre la faz de la tierra" (Números 12:3, NVI). Así, su ministerio era normativo, y otros profetas se comparaban con él y sus enseñanzas.

Moisés llevó la presencia de Dios con él dondequiera que fuera. Abraham Heschel afirma: "El profeta pretende ser mucho más que un mensajero. Es una persona que está en la presencia de Dios (Jeremías 15:19), que está 'en el consejo del Señor' (Jeremías 23:18), que es un participante, por así decirlo, en el consejo de Dios, no un portador de despachos cuya función se limita a ser enviado a hacer recados. Es un consejero además de mensajero".² A través de los profetas, el Dios invisible se hace audible. Los profetas hacen más real la presencia de Dios; declaran que estuvieron en su presencia. Samuel Meier afirma que "sólo el profeta hizo la afirmación de que estaba en la presencia de Dios".³ Abraham Heschel observa que la tarea de un profeta era llevar a la gente a la presencia de Dios. "No podían utilizar el lenguaje de la *esencia*; tenían que utilizar el lenguaje de la *presencia*. No trataron de representarlo; trataron de presentarlo, de hacerlo presente. En un esfuerzo así sólo pueden servir palabras de grandeza e intensidad, no abstracciones".

Reflexiones en el Antiguo Testamento

Todos los escritos de Moisés son especiales, pero el Deuteronomio es el punto álgido del Pentateuco, que marca la pauta para el resto de la Biblia hebrea. He aquí algunos ejemplos de cómo el libro del Deuteronomio se refleja en otras partes del Antiguo Testamento.

Los estudiosos reconocen que la teología del libro del Deuteronomio tuvo una enorme influencia en los libros históricos (Josué, Jueces, 1 y 2 Samuel, y 1 y 2 Reyes), en los libros proféticos (por ejemplo, Oseas, Jeremías y Ezequiel) y en la literatura sapiencial, de tipo polémico (Job o Eclesiastés) o afirmativo (Proverbios). La ley de la vida, de la siembra y la cosecha, se presenta en el Deuteronomio de una manera clara: si una persona ama y obedece al Señor, le siguen las bendiciones; si uno desobedece las instrucciones de Dios, le sobrevienen las maldiciones. (Una comprensión más compleja de las bendiciones y maldiciones en la vida se presenta en Job, el Salmo 73 y Habacuc).

El Señor le ordenó a Josué: "Sé fuerte y muy valiente. Ten cuidado de obedecer toda la ley que te dio mi siervo Moisés; no te desvíes de ella ni a la derecha ni a la izquierda, para que tengas éxito dondequiera que vayas. Tened este Libro de la Ley siempre en vuestros labios; medita en él día y noche, para que tengáis cuidado de hacer todo lo que está escrito en él. Entonces tendrás éxito y prosperidad" (Josué 1: 7, 8). "Libro de la Ley" (*torah*) es el libro del Deuteronomio, pero va más allá del Deuteronomio para incluir todo lo que escribió Moisés, es decir, el Pentateuco en su primera forma original. (Se menciona a Moisés como escritor en Éxodo 24:4; 34:27, 28; Números 33:2; 31:9, 24, 25). La advertencia de ser fuerte y valiente también aparece en el Deuteronomio (Deuteronomio 31:6, 7, 23; compárese con Josué 10:25). David repite las mismas palabras a Salomón (1 Crónicas 28:20), y el rey Ezequías hace lo mismo con los israelitas antes de la batalla con los asirios (2 Crónicas 32:7). La advertencia de no apartarse "ni a la derecha ni a la izquierda" de la ley de Dios se menciona también en Deuteronomio (Deuteronomio 5:32; 17:11, 20; 28:14; compárese con Deuteronomio 2:27).

Los autores posteriores utilizaron la frase de Moisés "andar en obediencia", que significa literalmente "andar en Sus [de Dios] caminos" (Deuteronomio 5:33; 8:6; 10:12; 11:22; 19:9; 26:17; 28:9; 30:16, NVI). Se pueden encontrar frases similares en Josué 22:5; 1 Reyes 2:3; 3:14; 8:58; 11:33, 38; 2 Reyes 21:22; 2 Crónicas 6:31; 31:21; Salmo 128:1; Jeremías 7:23; y Zacarías 3:7, NVI. El Señor requiere que sus seguidores, por amor a él, presten atención a sus instrucciones y caminen por la senda que él ha señalado. Al hacer esto, serán conducidos a la prosperidad y al éxito.

Samuel aceptó el relato del Éxodo como un hecho histórico y real (1 Samuel 12:6-8). Cuando Salomón fue investido rey de Israel, David le encargó que observara "lo que exige Yahveh, tu Dios: Camina en obediencia a él, y guarda sus decretos y mandatos, sus leyes y reglamentos, como están escritos en la Ley de Moisés" (1 Reyes 2: 3).

En el año 622 a.c., una nueva lectura del libro del Deuteronomio provocó una reforma en Judea durante el reinado de Josías, que fue su último rey piadoso. Este joven gobernante aplicó esta enseñanza en la vida práctica y se deshizo de los ídolos en Judá, aunque ya había iniciado una reforma anteriormente (2 Crónicas 34:3-13). Dos pasajes bíblicos -2 Reyes 22:3-23:25 y 2 Crónicas 34:14-33- describen cómo los sacerdotes descubrieron el libro olvidado, el "Libro de la Alianza" (2 Reyes 23:2, NVI) en el templo de Jerusalén. Su lectura trajo consigo un mayor renacimiento y reforma. Es sorprendente cómo un líder piadoso, en estrecha colaboración con los sacerdotes y otros líderes, puede influir en muchos para bien y ayudarles a seguir el camino correcto de Dios.

En Ezequiel 16, una hermosa mujer representa a Israel, lo que también se asemeja a la línea de la historia de Deuteronomio 32, donde Dios cuidó amorosamente de su pueblo (identificado como Jacob en el versículo 9), proveyendo tiernamente todo para

ellos (versículos 10-15a). Como ocurría a menudo, el pueblo se apartó de Dios y se refugió en ídolos y dioses extranjeros (versículos 5, 15b-18), pero el Señor siguió trabajando con ellos. Lamentablemente, al final, se vio obligado a rechazarlos porque ellos se obstinaron en rechazarlo. A pesar de su infidelidad, Dios, en su misericordia, mostró gracia y finalmente hizo "expiación" por su pueblo (versículo 43, NVI).

La parábola de Ezequiel 16 sobre la niña abandonada es un relato conmovedor, algo así como la historia de una hija pródiga. La niña es adoptada por una familia, y su nuevo y cariñoso padre se encarga de todo en su vida. Se casa con ella de mayor, cuando es una bella y atractiva dama. La rodea de grandes riquezas y finas telas, y se convierte en una reina. Pero ella no aprecia su amor y sus cuidados, y su ingratitud la lleva a un estilo de vida lujurioso, salvaje y promiscuo que resulta en una gran desgracia y enfurece a su marido. Se le dice que sus amantes se volverán contra ella y la castigarán severamente. En lugar de ser castigada por su marido, recibe una gracia ardiente y un amor desinteresado. El comportamiento escandaloso e indulgente de su marido culmina con el establecimiento de una alianza nueva y eterna que debería abrumarla y hacerla volver a la cordura.

En esta parábola, el Señor mismo es el Padre de esta hija pródiga y el Esposo de la esposa infiel. Israel debe arrepentirse y vivir una vida radicalmente diferente porque Dios quiere ser el Señor de la nación. Al final de esta complicada historia de amor, Dios, en su misericordia, hace una expiación (versículo 63), que culmina con su especial cuidado por su esposa infiel. (Aquí, como en Deuteronomio 32:43, se utiliza la palabra hebrea crucial *kapar*.) La expiación conlleva expiación, purificación, perdón, reconciliación y restauración. Dios mismo es el Sacerdote y hace expiación por su pueblo desleal e infiel.

Un profeta habla por Dios

La autoridad de un profeta se deriva de Dios, de Su revelación y de Su Palabra. El oficio profético no se compra ni se hereda, sino que se da desde arriba. Si un profeta es llamado por Dios, él o ella tiene autoridad como Moisés y habla la misma palabra de Dios que necesita ser obedecida. Cuando un profeta habla, es como si Dios hablara porque él o ella entrega la Palabra de Dios y no la suya propia (2 Pedro 1:19-21). Deuteronomio 18:17-19 describe por qué un profeta tiene autoridad y debe ser muy respetado: "El Señor me dijo: 'Lo que dicen es bueno. Les suscitaré un profeta como tú de entre sus compañeros israelitas, y pondré mis palabras en su boca. Él les dirá todo lo que yo le mande. Yo mismo pediré cuentas a todo aquel que no escuche mis palabras que el profeta diga en mi nombre'" (NVI).

La proclamación de la Palabra de Dios es crucial porque la ortodoxia y la autenticidad de un profeta posterior pueden confirmarse examinando sus palabras

(Isaías 8:19, 20). Las palabras del profeta establecen el papel espiritual y visionario de ese profeta. Cualquiera puede decir que tiene una revelación especial de Dios, pero las palabras del profeta son tangibles y pueden ser evaluadas y juzgadas. Pueden medirse con la revelación anterior para ver si hay contradicciones.

Deuteronomio 13:1-4 describe la necesaria veracidad y credibilidad del mensaje de un profeta. Este pasaje afirma que incluso los falsos profetas pueden hacer milagros, y los profetas que hacen maravillas pueden engañar. Los hechos poderosos y los milagros no son prueba de la fiabilidad y autenticidad de la profecía o de las enseñanzas del profeta. "Una imposibilidad para un verdadero profeta bíblico, por lo tanto, es que proclame cualquier mensaje que promueva otros dioses y su adoración". ⁵Las señales o maravillas que el profeta realiza son de importancia secundaria con respecto al mensaje que acompañan." ⁶Una persona no es necesariamente un profeta porque sea capaz de anunciar una señal o un prodigio que se cumpla. Si el mensaje que esa persona habla llama a la gente a la obediencia fiel al Dios de las Escrituras, sólo entonces la señal o maravilla debe ser reconocida como legítima."

El principio es, pues, claro: el mensaje profético debe estar en armonía con la revelación anterior de Dios, y el nuevo mensaje no puede contradecir los principios básicos de lo que la Torá de Moisés y otros profetas han enseñado. El don del Espíritu, demostrado por el fruto del Espíritu, es el signo genuino de la verdad: "No todo el que me diga: "Señor, Señor", entrará en el reino de los cielos, sino sólo el que haga la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán aquel día: "Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios y en tu nombre hicimos muchos milagros? Entonces les diré claramente: "No os he conocido. ¡Aléjense de mí, malhechores! ' " (Mateo 7: 21-23).

El tipo de Cristo

Desde los tiempos de Moisés, todos los profetas han sido comparados con él para ver si su vida y sus enseñanzas están en armonía con el estándar que estableció Moisés. Pero Jesucristo, el Profeta con P mayúscula, es el único Profeta que superó a Moisés y no tiene comparación ni paralelo. Moisés fue un tipo del Señor Jesucristo porque comunicó fielmente la Palabra de Dios, intercedió por los pecadores y condujo al pueblo de Dios a través de muchas dificultades hasta la Tierra Prometida. Pero la gente no debía mirarlo a él, sino esperar a un Profeta como Moisés y obedecerlo. Deuteronomio 18:15 señala esta esperanza mesiánica: "Yahveh tu Dios te suscitará un profeta como yo de entre vosotros, de entre tus compañeros israelitas. Debes escucharlo".

En Pentecostés, Pedro destacó este punto en su sermón (Hechos 3:17-23). El cumplimiento de esta predicción se realizó en Cristo. Él es nuestra esperanza, el

verdadero portavoz de Dios, el verdadero profeta y el sabio maestro de Israel. Por eso le entregamos nuestras vidas diariamente y elegimos ser sus discípulos.

1. Willem A. VanGemeren, *Interpreting the Prophetic Word: An Introduction to the Prophetic Literature of the Old Testament* (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1990), 38.

2. Abraham J. Heschel, *The Prophets*, vol. 1 (Nueva York: Harper & Row, 1962), 21.

3. Samuel A. Meier, *Themes and Transformations in Old Testament Prophecy* (Downers Grove, IL: IVP Academic, 2009), 19.

4. Abraham J. Heschel, *The Prophets*, vol. 2 (Nueva York: Harper & Row, 1962), 55; énfasis en el original.

5. Michael J. Williams, *The Prophet and His Message: Reading Old Testament Prophecy Today* (Phillipsburg, NJ: P & R, 2003), 16.

6. Williams, 17.

7. Williams, 18.